

II

LA COMUNIDAD EN EL REINO DE DIOS (Mt 16-28)

En nuestra lectura de Mateo nos habíamos propuesto ver, con la confesión de Pedro en Cesarea, el comienzo de la segunda parte del evangelio. Efectivamente, parece que nos encontramos aquí con un nuevo giro. Hasta entonces teníamos tres grupos: la gente, de la que se destacaban poco a poco los discípulos, y los adversarios de Jesús.

Con el discurso en parábolas, vimos que las gentes «no comprendían» y que la repulsa de Nazaret era el símbolo del fracaso de Jesús en Galilea. Las gentes desaparecerán prácticamente hasta la pasión, cuando los adversarios de Jesús logren que se vuelvan contra él. En adelante, Jesús sólo tiene que enfrentarse con sus adversarios y dedica sobre todo su actividad a la enseñanza de los discípulos. El grupo de éstos se va afirmando y «comprendiendo». En su seno empieza a destacar Pedro, que, en nombre de todos, proclama: «Tú eres el Cristo, el hijo del Dios vivo». La comunidad de Jesús, su iglesia, está ya formada. Por tanto, en adelante es ella la que lo con-

fiesa, pero es también la que lo tienta, la que lo abandonará durante la pasión, y la que terminará adorándolo la mañana de pascua, antes de ser enviada al mundo entero.

Esta parte comprende dos «cuadernos»:

* Tras el «episodio-eje» de los sucesos en torno a Cesarea (16, 13-17, 27), empieza el «cuaderno» —el cuarto de este evangelio— en que Jesús da a su comunidad sus reglas de vida (18). Luego, en cinco capítulos, Mateo nos muestra a Jesús subiendo de Galilea a Jerusalén, con su comunidad, prosiguiendo su enseñanza y chocando con sus adversarios.

* El último «cuaderno» comprende también un conjunto de discursos (24-25): Jesús anuncia la venida inminente del reino de Dios, y el gran relato de la pasión-resurrección en que Mateo nos muestra esta venida del reino anunciado, que ha sido inaugurada en la muerte y glorificación de Jesús (24-28).

La comunidad confiesa a su Señor *(Mt 16, 13-17, 27)*

Hemos llamado a este conjunto de relatos un «episodio-eje». Es decir, que si por un lado constituye una nueva introducción, paralela a la primera (3-4), por otra es la conclusión de los acontecimientos precedentes.

Pedro, roca de la iglesia, proclama al Hijo de Dios (16, 13-20)

Al fin de este largo período de preparación, Jesús se atreve finalmente a plantear la cuestión: ¿Quién dicen que soy yo?... ¿Y vosotros, quién decís que soy yo? Algunos de los de la muchedumbre han reconocido en Jesús a un profeta. Pero Pedro, en nombre del grupo, lo proclama como el profeta, el mesías o Cristo. Tal es la respuesta que da, según san Marcos, y tiene todas las probabilidades de que fuera ésa precisamente la del apóstol en aquella ocasión. Pero, según san Mateo, su afirmación es la siguiente: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». Imposible ver en la expresión «Hijo de Dios» el sentido relativamente débil que podía tener en aquella época, equivalente al título de mesías o de

hijo de David. La solemnidad de la frase, los artículos (**el** Hijo de Dios **el** vivo), la respuesta de Jesús nos llevan a reconocer allí la plenitud de la fe cristiana, tal como la irán descubriendo los apóstoles poco a poco después de la resurrección. En el bautismo, era el mismo Padre quien proclamaba la identidad de su Hijo; ahora lo hace por medio de su iglesia.

La «bienaventuranza» dirigida a Pedro y su nombramiento son propios de Mateo. Su carácter tan arcaico, las frases rítmicas que forman asonancias en arameo, el juego de palabras imposible en griego («Tú eres Pedro y sobre esta piedra...»: en griego, lo mismo que en castellano, Pedro es masculino y piedra femenino), nos advierten que este texto es muy antiguo y que no se trata de una composición de la comunidad primitiva. ¿Quiere esto decir, sin embargo, que lo pronunció Jesús en estos momentos? Podríamos pensar más bien en la pasión (en paralelismo con el texto de Lc 22, 31-32) o incluso en el período después de pascua (cf. Jn 21, 15-19).

Esta «bienaventuranza» nos indica que se tra-

ta de una revelación del Padre, y esto confirma el sentido fuerte que tiene esta expresión.

El «nombramiento» de Simón, llamado en adelante «**Piedra**» señala, como siempre que tiene lugar un cambio de nombre en el Antiguo Testamento, una nueva misión. El nombre de «piedra» o de «roca» recuerda aquella «piedra fundamental» que designaba al mesías en Isaías (26, 16). Simón, pues, recibe la misión de ser el fundamento de la comunidad. Efectivamente, sobre esa piedra edificará Jesús «**su iglesia**». Esta palabra no se emplea más que dos veces en Mateo, aquí y en 18, 17. En sí misma, esta palabra no resulta extraña: traduce el «**qahal**» hebreo, la asamblea de Dios; lo que es nuevo es el adjetivo posesivo: «mi» iglesia —declara Jesús, cambiando de este modo o profundizando el sentido de la palabra—; en adelante, la santa asamblea de Dios será la que él convoque, la que él funde sobre esa roca que es Pedro. De este modo, la fuerza de la muerte no podrá nada ante ella; más aún, la muerte no podrá siquiera resistir los ataques que la iglesia lance contra ella. Finalmente, Jesús confía a Pedro **las llaves**, esto es, lo convierte —según Is 22, 22, por ejemplo— en su primer ministro, confiándole el poder que él mismo tiene según el Apocalipsis (3, 7). **Atar-desatar** expresa entre los rabinos la totalidad del poder, bien sea el de prohibir y permitir (= establecer reglas), bien el de condenar y absolver (= excluir de la comunidad y admitir en ella). El poder de las llaves confiado a Pedro, pero también al conjunto de la comunidad (Mt 18, 18), es por tanto un poder espiritual. Lo que constituye su peso es que Dios lo ratifica.

Sobre la base de este texto están de acuerdo todos los cristianos en reconocer que se le concedieron a Pedro unos poderes particulares. ¿Eran personales o tenían que transmitirse a sus sucesores? Aquí los cristianos se muestran disconformes según su confesión. Hemos de reconocer que la fe católica se apoya en la tradición

que interpreta este texto. En el interior de esta fe nos vemos movidos a pensar que esta interpretación corresponde al pensamiento de Jesús.¹

Jesús anuncia su pasión; Pedro le tienta; seguir a Jesús (16, 21-28)

«Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos» que tenía que sufrir y resucitar. Como hemos visto, en esta expresión, que sólo se encuentra en el otro pasaje de 4, 17, hay un nuevo giro en la predicación de Jesús. En adelante se consagrará **a sus discípulos** y, una vez que han confesado ya su mesianidad, tiene que hacerles comprender que su misión tiene que cumplirse a través de la muerte. Es éste el primero de los tres anuncios que se van siguiendo en la subida a Jerusalén (16, 21; 17, 22-23; 20, 17-19); cada uno de ellos va seguido de la observación de que los discípulos no comprendieron; luego, en cada una de esas ocasiones, Jesús les dice a sus discípulos que tendrán que seguir ellos el mismo camino.

Los acontecimientos de la pasión-resurrección ayudaron indudablemente a los discípulos a precisar estos anuncios de Jesús y a fijarlos en número de «tres». Pero lo esencial sigue siendo que Jesús subió a Jerusalén con la conciencia de que tendría que ofrecer su muerte y que le indicó a su comunidad que ése debería ser también su camino.²

¹ Cf. G. GAIDE, «Tu es le Christ... Tu es Pierre» (Mt 16, 13-20): *AsSgn*, n.º 52 (1974) 16-25. Los mejores artículos sobre la cuestión siguen siendo sin duda los de P. BENOIT, La primauté de saint Pierre d'après le N. T. et saint Pierre d'après O. Cullmann, en *Exégèse et Théologie, Cerf, Paris 1961*, II, 250-284, 285-308, así como el de P. REFOULE, Primauté de saint Pierre dans les évangiles: *Revue Scientifiques Religieuses* (1964) 1-41; véase el resumen que hace de este artículo M. J. LE GUILLOU, La primauté de Pierre: *Istina* (1964) 93-102.

² Cf. B. MAGGIONI, La passion nécessaire du Christ et de son disciple (Mt 16, 21-27): *AsSgn* n.º 53 (1970) 15-26.

Transfiguración de Jesús (17, 1-3)

«Seis días después»: es éste uno de los pocos casos en que dos episodios se muestran ligados por una cronología precisa; la transfiguración se presenta entonces como una respuesta del Padre al anuncio de su pasión por parte de Jesús. Este acontecimiento es una especie de anticipación, en la vida terrena de Jesús, de la gloria que anunciaba para los justos al final de los tiempos en el reino del Padre (13, 43) y que conocerá él mismo después de su muerte: su manifestación (28, 16-20) será la venida del hijo del hombre, y de esta forma los discípulos lo verán venir en su reino (16, 27-28).

Esta revelación apocalíptica que transfigura a Jesús vale en primer lugar para él y le permitirá entrar con confianza en la noche de la pasión; pero es sobre todo una revelación del Padre hecha a los discípulos. La voz se dirige a ellos y añade, en Mateo: «Escuchadle» (cf. Dt 18, 15). Jesús es manifestado claramente como el maestro de doctrina de la comunidad tal como aparecerá durante su resurrección (28, 16-20).

El diálogo sobre Elías forma parte integrante del relato y le añade una nota indispensable: la gloria no es para Jesús una evasión, sino que lo remite a lo cotidiano; es luz en el camino de la muerte.³

La curación del niño epiléptico (17, 14-21)

Este relato, más aún que una apóstrofe para los que no creen (el «vosotros» dirigido a su padre va mucho más allá de él: versículo 17), es una lección a los discípulos sobre la fe capaz de transportar las montañas. Al conocer las huellas de aquel maestro que tienen que seguir, tendrán menos miedo de caminar.

El impuesto pagado por Jesús y por Pedro (17, 24-27)

Tras el segundo anuncio de la pasión (17, 22-23), tiene lugar el episodio extraño del impuesto pagado por Jesús y por Pedro (17, 24-27). Al declarar que ni él ni sus discípulos están obligados a pagar ese impuesto al templo, Jesús manifiesta que son ellos los verdaderos «hijos» y que los judíos no son más que «extranjeros». Sea lo que fuere de la realidad de aquel «milagro», es fácil ver que Jesús lo hace por él y por Pedro. Así, pues, este episodio-eje concluye con esta solidaridad particular entre ambos.

³ Cf. J. DELORME, *L'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 82-83*; M. COUNE, *Radieuse transfiguration: AsSgn n.º 15 (1973) 44-84*; X. LEON-DUFOUR, *La transfiguración de Jesús, en Estudios de evangelio, o. c., 77-118*.

4. El reino de Dios pasa del pueblo judío a la iglesia (Mt 18-23)

Durante su ministerio en Galilea, Jesús había logrado que naciera esta comunidad, centrada en él, que comprendía su mensaje, capaz de proclamarlo en el mundo como «Hijo de Dios». Este nuevo «cuaderno» nos indica que todavía queda mucho por hacer con ella: el discurso del capítulo 18, junto con las respuestas pastorales

a las dificultades de la comunidad (quizás más la de Mateo que la de los doce), nos hace entrar en las condiciones concretas de esta vida con Jesús. La sección de relatos (Mt 19-23) narra la larga subida de Jesús a Jerusalén, llevando consigo a su comunidad; veremos cuál es el camino al que se le invita, y a nosotros con ella.

1. DISCURSO SOBRE LA VIDA EN COMUNIDAD (Mt 18)

Este discurso eclesialístico, como se le llama de ordinario, desconcierta nuestra lógica; resulta difícil descubrir la estructura de este ensamble de trozos recogidos por Mateo de diversos lugares de sus fuentes. Pero la vida se ríe de la lógica. Lo mismo que en las cartas de Pablo, descubrimos aquí una comunidad concreta, con unos problemas muy parecidos a los nuestros. Mateo parece dirigirse a los responsables de la comunidad¹ para darles, no ya un «derecho canónico» completo, pero sí el espíritu que debe animarles.

Vienen en primer lugar dos parábolas que dan el tono de este discurso y lo resumen.

¹ Sin embargo, algunos ven aquí al conjunto de discípulos de la comunidad.

Una comunidad confiada a unos pastores (18, 1-20)

Una pregunta de los discípulos manifiesta que no han captado todavía el espíritu que debe animar a los responsables de una comunidad de la que el maestro quiso ser el servidor. A ellos se les ocurre preocuparse de las precedencias eclesialísticas.

Jesús les contesta con un acto simbólico: colocando a un niño en medio de ellos, declara que hay que «dar la vuelta», que hay que hacerse como él. No ya volver a la infancia, sino descubrirse delante de Dios como un niño que tiene el porvenir por delante, que siempre es nuevo,

siempre disponible, sin pretensiones. «Hacerse como un niño es darse cuenta de que el Padre nos llama continuamente a crecer».²

Pero el niño es también un ser débil, fácilmente despreciado en aquella época. Por tanto, Jesús pide que se le acoja, pues si uno lo hace «en su nombre», se le acoge a él mismo. Luego, de la debilidad física, pasa a la debilidad espiritual.

En efecto, ya no se habla más de «niños», sino de «pequeños que creen» en Jesús. ¿De qué se trata? «Al nivel de la redacción evangélica, no se trata ya de niños como tales, sino de 'creyentes', de cristianos que son 'pequeños' por ser probablemente más débiles, menos formados o más expuestos».³ También Pablo distinguirá en la comunidad de Corinto entre los «débiles» y los «fuertes» (1 Cor 8-10). Se comprende entonces por qué Jesús, lo mismo que Pablo más tarde (1 Cor 8, 13), pide que se procure no «hacerles caer» (literariamente, «escandalizarles»). Sabe muy bien que los tropiezos (o escándalos) son una condición histórica del hombre, pero no son una fatalidad, y tenemos que evitárselos a los hermanos. La razón por la que no se debe despreciar a estos «pequeños» está expresada en un lenguaje simbólico: «Sus ángeles, en el cielo, ven continuamente el rostro de mi Padre», o como traducía Pablo: «Nuestra vida está oculta con Cristo en Dios» (Col 3, 3).

La parábola del hombre que busca a su oveja extraviada nos demuestra claramente la solicitud del Padre por esos «pequeños». «A diferencia de Lucas (15, 3-7), en donde Jesús cuenta esta historia para justificar su manera de obrar con los pecadores (Lc 15, 1-2), Mateo se sitúa en el tiempo de la iglesia: la oveja extraviada no es ya el pecador al que Jesús trae la buena nueva, sino el cristiano que se aparta de la comu-

nidad y corre el peligro de perderse. El acento recae ahora en la obligación que tiene el 'pastor' de ir a buscar al perdido».⁴ La frecuencia de la expresión «uno solo de ellos» manifiesta que la iglesia no es una colectividad anónima, sino una comunidad en la que cada uno de los miembros es único para Dios y tiene que serlo para sus hermanos.

Esta solicitud de Dios es la que permite comprender el pasaje sobre el «hermano que llega a pecar». No se trata de una ofensa personal, sino de un «pecado que aleja al hermano de la comunidad. El objetivo no es reconciliarse, como en Lucas 17, 3, sino ganar al hermano».⁵ Si no se consigue, ese hermano pasa a ser como «un pecador y un publicano», no ya como una persona despreciable, sino simplemente como uno que está fuera de la comunidad y que, como ellos, depende de la misericordia de Dios.

Lo mismo que hizo antes con Pedro (16, 19), ahora confía a los discípulos el poder de «atar-desatar». Teniendo en cuenta el contexto, parece que hay que ver aquí el poder de retener y perdonar el pecado, lo mismo que en Juan 20, 23. «Sin embargo, es diferente la iluminación teológica de estos dos pasajes: Juan relaciona este poder con la comunicación del espíritu de santidad, Mateo con la presencia de Cristo entre los suyos (18, 20; cf. 28, 20); pero, tanto en un caso como en el otro, se asiste a la transmisión de un poder que, antes de pascua, ejercía sólo Cristo de forma soberana».⁶

Jesús acaba de expresar su interés por los «pequeños» de la comunidad, de dar unas reglas y unos poderes para que esta comunidad siga coherente consigo misma cuando el pecado co-

² RADERMAKERS, o. c., 238.

³ J. DELORME, Jésus enseigne ses disciples (Mc 9, 38-48): *AsSgn* n.º 57 (1971) 59.

⁴ E. COTHENET, Sainteté de l'Église et péchés des chrétiens: *Nouvelle Revue Théologique* (1974) 449-470; *cita* en 467.

⁵ *Ibid.*, 468.

⁶ *Ibid.*, 469.

rra el peligro de destruirla.⁷ Ahora indica cuál es el fundamento último de esta comunidad y que se experimenta en la oración: su presencia en medio de ellos. Este texto es muy enérgico; recoge una fórmula tradicional sin duda en el judaísmo, que se encuentra en un dicho de un rabino muerto el año 135: «Si dos personas se reúnen y pronuncian las palabras de la ley, la Shekinah (la santa presencia de Dios) está en medio de ellos». Así, pues, esta fórmula es también para Jesús un modo de declararse «presencia de Dios» entre nosotros.

Perdonar porque nos han perdonado (18, 21-35)

El segundo conjunto de este discurso se refiere al perdón. Pedro se cree generoso al perdonar hasta siete veces, la cifra de la plenitud. Pero Jesús, dándole la vuelta al canto salvaje de Lamec (Gén 4, 24), multiplica esta plenitud por el infinito. Cuando uno se sabe perdonado por Dios, no puede menos de transmitir a los demás esta misericordia infinita.

A través de este discurso, vemos a una comunidad interrogándose sobre sí misma, sobre su vida concreta, y buscando también el fundamento de su comunión. Y lo encuentra en Jesús, presencia de Dios en medio de ella, presente en la oración, presente en el hermano, cada uno de los cuales es único para Dios. Al reconocerse a sí misma como perdonada, solamente conserva como «derecho canónico», o como espíritu que debe animarla, la misericordia y el perdón.

2. DE GALILEA A JERUSALEN (Mt 19-23)

Durante esta larga etapa hacia Jerusalén y

⁷ Se encontrará en B. RIGAUX, «Lier et délier». Les ministères de réconciliation dans l'Église des temps apostoliques: *Maison-Dieu* 117, 86-125, un estudio detallado de Mt 16, 13-19 y 18, 18.

más tarde en la ciudad, vamos a ver cómo la llamada al compromiso absoluto lanzada por Jesús a sus discípulos (c. 18) «va penetrando dolorosamente hasta el corazón de las libertades humanas, hasta la opción definitiva: la acogida o la negativa».⁸ Toda esta sección se inscribe sobre un fondo en el que se mueven las gentes, pero de hecho todo se desarrolla entre Jesús y sus discípulos por una parte, y sus adversarios, por otra.

Asistimos además, como pondrá de relieve Juan especialmente, a un doble proceso: Jesús es juzgado por los jefes religiosos, pero de hecho es él el juez que los condena.

Estos capítulos podrían organizarse en tres partes que vamos a recorrer rápidamente.⁹

1.º Mt 19-20. Encuentros de Jesús en el camino de Galilea a Jerusalén. Los fariseos, el joven rico, los ciegos... Sus respuestas provocan reacciones de incompreensión por parte de los discípulos. Jesús prosigue así su enseñanza, no ya por medio de discursos, sino partiendo «de la vida», de los sucesos cotidianos; procura conseguir en ellos ese cambio de mentalidad que les hará ser como niños. En el centro, la parábola de los obreros de la última hora aclara su pensamiento.

2.º Mt 21-22. El «hijo de David» entra en Jerusalén. ¿Cómo lo van a recibir? Tres series de textos permiten la respuesta: gestos de Jesús (21, 1-27), parábolas (21, 28-22, 14), controversias (22, 15-46). Va subiendo la tensión entre Jesús y las autoridades judías.

3.º Mt 23. En un discurso a la gente, Jesús les da algunas reglas de discernimiento de las verdaderas enseñanzas; luego ataca la hipocresía de los fariseos. Finalmente, abandona la ciudad con una lamentación, pero también con una nota de esperanza.

⁸ RADERMAKERS, o. c., 252.

⁹ Es el esquema de RADERMAKERS, o. c., 251-296; aquí resumimos su desarrollo.

1.º EN EL CAMINO DE GALILEA A JERUSALEN. LOS ENCUENTROS DE JESUS (19-20)

a) El matrimonio indisoluble (19, 3-15)

Algunos **fariseos** interrogan a Jesús sobre el divorcio. Hace saltar la cuestión remontándose al plan de Dios: romper el matrimonio es romper la alianza de Dios. Los **discípulos** se extrañan; Jesús les dice que, gracias a un don especial, algunos hombres podrán vivir solamente para el reino.¹⁰

b) La pobreza (19, 16-30)

Al **joven** rico que le pregunta por lo que es bueno o perfecto (estos dos términos son sinónimos) para tener la vida eterna, Jesús responde: la pobreza. No se trata de un «consejo» (válido solamente para la «vida religiosa»), sino de una orden para alcanzar la vida eterna. «El evangelio presenta la perfección como el fin que han de alcanzar todos los creyentes sin la menor excepción, utilizando los medios, todos los medios necesarios, hasta los más radicales, siempre que son necesarios»;¹¹ y la pobreza absoluta es uno de estos medios cuando la posesión de los bienes es un obstáculo para la salvación. **Y los discípulos se siguen extrañando.** Jesús trastorna las perspectivas de aquel joven: no se trata de hacer algo para obtener la vida eterna, sino de abandonar para recibir (versículo 29).

¹⁰ A no ser que haya que ver aquí, con J. Dupont, una continuación de su enseñanza sobre la indisolubilidad del matrimonio: los que se han separado (sin divorciarse) han de vivir en la continencia, fieles a pesar de todo al matrimonio que contrajeron.

¹¹ S. LEGASSE, L'appel du riche, en La pauvreté évangélique (obra en colaboración). Cerf, Paris, 1971, 65-91 (cita en 89). Legasse añade: «Pues bien, en el proyecto de la 'vida religiosa' uno no se contenta con tomar este medio radical únicamente cuando la situación lo exige. Se escoge libremente vivir en un estado 'en que la actitud radical pasa a ser norma' (Tillard)».

c) Los obreros de la última hora (20, 1-6)

La parábola original acaba sin duda en el versículo 15 y Jesús se dirigía a los judíos diciéndoles: lo mismo que el dueño no es injusto al dar a todos el mismo salario, porque se basa, no en sus «méritos» sino en su propia bondad, tampoco Dios es injusto al admitir en su reino a los pecadores, porque es bueno. Mateo, al añadir una conclusión (versículo 16), cambia el auditorio: la parábola se dirige ahora a los discípulos, a los cristianos de su comunidad; se apoya en un detalle secundario de la historia (el=orden=en el pago; siendo así que los primeros protestan, no porque les paguen después de pagar a los primeros, sino porque les pagan lo mismo): lo mismo que el amo hace pasar por el cobro en último lugar a los obreros que llegaron primero, también Dios hace pasar a su reino en último lugar a los judíos que fueron los llamados primero, detrás de los paganos llamados los últimos. En este contexto, la parábola se convierte también en una promesa para los discípulos llamados a pasar antes que los jefes religiosos judíos. Pero sigue siendo una advertencia: el hecho de ser ahora los primeros llamados de esta iglesia no les da ningún derecho.¹² Es lo que explica igualmente el siguiente episodio.

d) Los «sitios mejores» en el reino (20, 17-28)

Para entrar en el reino, hay que tomar el mismo camino que Jesús, el que pasa por la cruz (tercer anuncio de la pasión). La **madre de Santiago y Juan** quiere «colocar» a sus hijos. A los **discípulos** que se indignan por ello, Jesús les recuerda que el más grande es el que se convierte en servidor de los demás, como el hijo del hombre.

¹² Cf. J. DUPONT, Les ouvriers de la vigne: AsSgn (1.ª serie) n.º 22 (1965) 28-51.

e) Los dos ciegos de Jericó (20, 29-34)

Esos ciegos se convierten, en este contexto, en símbolo de los discípulos que continúan estando ciegos. Sólo Jesús puede abrirles los ojos.

2.º LA ACOGIDA DEL «HIJO DE DAVID» EN JERUSALEN (21-22)

Al entrar en Jerusalén (21, 1-11),¹³ Jesús —según Mateo— escoge realizar el oráculo de Zacarías (9, 9), que anunció al hijo de David como un mesías humilde. Se dirige a la «hija de Sión» (Is 62, 11), esto es, al pueblo del futuro purificado por Dios y que debe convertirse en una luz para todos los pueblos. ¿Cómo va a acogerle este pueblo, esta «hija de Sión»?

La respuesta nos la dan tres series de textos.

a) Gestos de Jesús (21, 12-27)

* Jesús purifica el templo (21, 10-17), tal como lo había anunciado Zacarías (14, 21); cura a los ciegos y a los cojos que le han seguido hasta aquella parte del templo que les estaba prohibida. Así realiza las profecías de Isaías (35, 5-6) y toma nuestras enfermedades (Is 53, 4 = Mt 8, 17). Las gentes se llenan de entusiasmo y Mateo, sólo él, señala la aclamación de los niños, de los que saben acoger el reino.

* El milagro de la higuera seca (21, 18-22), que fue sin duda al principio una parábola, se convierte en una enseñanza sobre la fe para los discípulos.

* Finalmente, Jesús se niega a responder a los jefes sobre el origen de su autoridad (21, 23-27).

b) Parábolas (21, 28-22, 14)

Estas tres parábolas tienen un sonido distin-

¹³ Cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 97-99.*

to de las del capítulo 13. Son ante todo un juicio y en ellas es donde Jesús dirá con mayor claridad quién tiene conciencia de ser.

* **El padre y sus dos hijos** (21, 28-32). Para entrar en el reino, no se trata de decir, sino de hacer la voluntad del Padre.¹⁴

* **Los viñadores homicidas** (21, 33-46). La «viña» representa, sobre todo después de Isaías (Is 5), a Israel. Así, pues, los viñadores son los responsables, los jefes religiosos que tienen que cuidarla, pero que maltratan a los profetas que Dios les envía. Dios hace entonces un último intento: les envía a su Hijo. Ellos lo matan. Entonces viene el juicio: Dios destruirá a esos responsables y confiará su viña a otros. La parábola es demasiado clara; los jefes religiosos se reconocen en ella y comprenden que Jesús se presenta como el hijo.

La parábola primitiva acababa seguramente con el versículo 41; se refería a esa entrega de la viña en otras manos. La comunidad primitiva, después de pascua, vio en ella sobre todo el anuncio del misterio pascual y añadió el versículo 42, poniendo en labios de Jesús el versículo 22 del salmo 118. La parábola expresaba el sentido de la muerte y de la resurrección de Jesús.

Mateo, por su parte, añadió el versículo 43, volviendo así al sentido primitivo de la parábola, pero precisándolo más aún: el reino de Dios se les quitará a esos responsables judíos para dárselo «a una nación que rinda sus frutos». No se trata aquí de «las naciones», esto es, de los paganos, sino de un grupo que hace pensar en la «nación santa» del Exodo (19, 6). El reino de Dios será confiado en adelante a esa nueva nación santa que es la iglesia.¹⁵

¹⁴ Cf. J. DUPONT, *Les deux fils dissemblables: AsSgn n.º 57 (1971) 20-32.*

¹⁵ Cf. X. LEON-DUFOUR, *La parábola de los viñadores homicidas, en Estudios de evangelio, o. c., 297-345; R. SWAELES, La parabole des vigneronns homicides: AsSgn (1.ª serie) n.º 29 (1966) 36-51.*

* **Las bodas del reino abiertas a todos** (22, 1-14). El rey, el de la parábola anterior, ofrece para las bodas de su hijo un festín a todos, «malos y buenos», señalando así su universalismo. Pero el final de la parábola insiste en la respuesta personal que se le exige a cada uno: no basta con aceptar la invitación, sino que hay que aceptar vestirse con la ropa nupcial. Haberse revestido de esta ropa es lo que señala la entrada definitiva en el reino.

c) Una discusión rabínica (22, 16-46)

El rabino responde a tres cuestiones y luego pregunta. Era éste un género de discusión al que se acoge también Jesús. Esto le permitirá tomar posiciones ante las diversas corrientes religiosas de su tiempo.¹⁶

* Fariseos y herodianos: el tributo al César (22, 15-22). Superando el dilema que se le propone, Jesús remite a cada uno a su libertad delante de Dios.

* Saduceos: la resurrección de los muertos (22, 23-33). Rechazando las cuestiones inútiles sobre «cómo» resucitaremos, Jesús va a lo esencial: Dios es el Dios de vivos y es el Dios de Abrahán; por tanto, éste y los demás siguen vivos.

* Un legista fariseo: el mayor mandamiento (22, 34-40).

Finalmente, Jesús interroga a sus adversarios sobre su propia identidad (22, 41-46). Cuando su entrada en Jerusalén, había sido aclamado como el «hijo de David». Ahora intenta hacer que perciban toda la profundidad de un título cuyo sentido sólo podrá resultar claro después de la resurrección. Sus adversarios ya no se atreverán a preguntarle más cosas. Y entonces Jesús, para la gente y para los discípulos, se dejará escapar un largo grito de amor defraudado.

¹⁶ Cf. Liberación de los hombres y salvación en Jesucristo: CB 6, 44 s.

3.º EL GRITO DEL AMOR DEFRAUDADO (23)

Los fariseos son unos «santos» que han apostado toda su vida por la ley de Dios y viven en consecuencia. Lo que pasa es que creen que esa santidad les da cierto derecho delante de Dios. Pueden apoyarse en sus méritos. Y esto lo echa todo por tierra, porque son incapaces de acoger a Dios como un don gratuito y abrirse a la aceptación de su mesías, tan desconcertante para sus concepciones. Jesús se muestra tan duro con ellos porque, aunque los admira, se ve decepcionado al advertir que con su actitud estropean toda su santidad. También es probable que Mateo «cargue las tintas», atacando a los «rabinos» de su tiempo, a los que estaban dando impulsos al judaísmo de Yamnia (cf. página 10).

* Jesús enseña ante todo a las gentes y a sus discípulos a discernir, entre las obras, las buenas y las malas; el criterio es la fraternidad y el servicio (23, 1-2).

* Luego, en siete «malaventuranzas», expresa su dolor por la forma con que los fariseos estropean su «virtud» (23, 13-36). Pero esta polémica contra los fariseos es también una catequesis dirigida a los discípulos, a nosotros, pues es a los cristianos a quienes Cristo declara: «El que se ensalce, será humillado...» (23, 11-12), a esos cristianos que siempre están amenazados por la tentación del «fariseísmo».

* Finalmente, acaba esta requisitoria con una lamentación, en un tono de tristeza impotente. Sin embargo, no se han perdido todas las esperanzas: Israel, si algún día lo desea, volverá a conocer al mesías (23, 37-39; cf. Rom 11).

5. La inauguración del reino en el misterio pascual (Mt 24-28)

Hemos llegado a la última etapa del evangelio. En la primera parte, Mateo nos mostraba a Jesús proclamando la venida del reino de Dios y preparando su iglesia. En la segunda parte, se interesaba sobre todo por la formación de esta comunidad que tenía que proclamar, en el mundo, a su señor. Partiendo de la situación muy concreta de su comunidad de los años 80-90, de sus dificultades para creer, para perseverar en la espera, de su oposición al judaísmo de Yarnia..., vuelve a leer los acontecimientos de la

vida de Jesús e interpreta los relatos ya muy estructurales que recibe de la tradición.

En este último «cuaderno» nos muestra cómo Jesús, en su muerte y su resurrección, ha inaugurado ese reino e incluso lo ha establecido definitivamente. En adelante, será misión de la iglesia lograr que los frutos de la victoria alcancen a toda la humanidad.

Volvemos a encontrarnos aquí con dos partes: un gran discurso en el que Jesús anuncia el final de los tiempos y el relato de la pasión-resurrección que son, en definitiva, su realización.

1. ANUNCIO DE LA VENIDA DEFINITIVA DEL REINO EN JESUS (Mt 24-25)

La pregunta de los discípulos que va a provocar este discurso (24, 3) se sitúa en dos niveles: **¿Cuándo** tendrá lugar la ruina de Jerusalén? **¿Qué signos** anunciarán la venida gloriosa del hijo del hombre y el fin del mundo? Es probable que, en el pensamiento de los discípulos, estos tres acontecimientos no formaran más que uno solo. Nosotros sabemos muy bien, como lo sabía Mateo cuando escribió estas páginas, que la ruina de Jerusalén tuvo lugar en el año 70 y que el final de los tiempos todavía está por venir. Nos

gustaría poder distinguir, en este discurso, lo que corresponde a cada uno de estos acontecimientos. Pero resulta imposible.

Por otra parte, la fe cristiana, siguiendo todo el Nuevo Testamento, procura mantener al mismo tiempo el «ya» y el «todavía no»: es verdad que «todavía no» se ha realizado la venida gloriosa del hijo del hombre para acabar la historia, pero también es verdad que Jesús «ya» lo ha hecho todo en su misterio pascual. Cada uno de los autores del Nuevo Testamento, como no-

sotros mismos según las diversas ocasiones y necesidades, insiste en uno de los dos aspectos. Mateo, por su parte, piensa especialmente en lo que «ya» se ha hecho. Y por eso «el juicio» no tiene lugar al final de los tiempos, sino en cada uno de los instantes de nuestra vida cotidiana en que nos encontramos con el hijo del hombre presente a nuestro lado. No obstante, más que los otros autores, insistirá en la vigilancia de la espera.

En este discurso hay dos grandes partes que se articulan con las dos cuestiones de los discípulos. Jesús responde en primer lugar a la segunda: los signos de la venida (24, 4-35). Luego habla largamente sobre el «cuándo»: «Nadie conoce la fecha; por tanto, vigilad» (24, 36-44); tres parábolas desarrollan el tema de la vigilancia en la espera (24, 45-25, 30); el juicio es hoy (25, 36-46).

1.º Los «signos» de la venida del hijo del hombre (24, 4-35)

Presentados en un estilo apocalíptico lleno de imágenes, estos signos no son fáciles de interpretar. Podemos, sin embargo, subrayar uno de ellos: «Habrà seísmos (o temblores de tierra)» (versículo 7). De suyo, mera imagen tradicional, este «seísmo» aparece varias veces en Mateo como símbolo de la llegada efectiva de los últimos tiempos: cuando la muerte de Jesús, un seísmo abre las tumbas (27, 51) y, al ver ese seísmo, los guardias se llenan de pavor (27, 54); otro seísmo abre la tumba de Jesús (28, 2). Y en el milagro del «seísmo amordazado», Mateo había anticipado ya estos acontecimientos (8, 24).

Todas estas imágenes, recogidas del Antiguo Testamento, tienen que asegurarnos de que esta venida es cierta y que hay que esperarla en la fe.

2.º El «cuándo» de la venida (24, 36-25, 46)

Jesús «responde» a la cuestión de tres maneras.

a) Nadie conoce la fecha; velad, pues (24, 36-44)

«El grito de los evangelios: ¡Estad preparados! ¡Velad! tiene que resonar en el corazón de todo el que anhela el gran encuentro, no como una obsesión por su salvación personal, sino como una exigencia de fidelidad a las misiones confiadas por el maestro»;¹ en este punto es en el que insistirán las tres parábolas.

b) Tres parábolas sobre el tema de la vigilancia (24, 45-25, 30)

* **El siervo fiel (24, 45-51).** «La vigilancia adquiere la forma de una fidelidad responsable a una misión confiada por el señor. A través de esta presentación, se adivina que la comunidad de Mateo había sufrido la experiencia dolorosa de la incapacidad, esto es, de la infidelidad de algunos de sus jefes, y puede uno creer que Mateo desea recordarles la seriedad de su ministerio».²

* **Las diez vírgenes al encuentro del esposo (25, 1-13).** Como aquellas «hijas de Jerusalén» del Cantar de los cantares, en quienes los rabinos veían un símbolo de los discípulos llevando la luz de la ley y velando en la espera del mesías, también la comunidad cristiana tiene que velar. Hay que estar dispuestos para cuando venga el esposo.³

* **Los talentos (25, 14-30).** La parábola original quería demostrar que, delante de Dios, no estamos en la misma relación de igualdad que los que firman un contrato: todo en paz, una vez cumplidas las cláusulas. Estamos en la relación de siervos ante el amo; éste puede exigir más de lo que exige la «justicia» humana; uno no es verdadero servidor si no está dispuesto a cumplir las exigencias, hasta las más desconcertantes, del amo.

¹ P. GEOLTRAIN, Dans l'ignorance du jour, veillez! (Mt 24, 37-44): *AsSgn* n.º 5 (1969) 17-28.

² RADERMAKERS, o. c., 310.

³ Cf. L. DEISS, La parabole des dix vierges: *AsSgn* n.º 63 (1971) 30-32.

La comunidad primitiva había ampliado ya esta aplicación añadiendo el versículo 29. Insiste en la forma con que se hará el juicio.

Mediante numerosos retoques («al cabo de mucho tiempo», siervo bueno «y fiel», siervo malo «y perezoso», «inútil»), y añadiendo el versículo 30, Mateo continúa su enseñanza sobre la vigilancia en la espera, pero señalando en concreto: «Velar es cumplir las tareas asignadas por el señor; no basta con acoger la palabra, sino que hay que hacerla fructificar. El reino de los cielos es un capital que se ha puesto en nuestras manos; no tenemos derecho a dejarlo improductivo». Esa es nuestra tarea en la historia y el sentido del retraso de la parusía.⁵

c) El juicio es hoy (25, 36-46)

¿Cuándo tendrá lugar la parusía?, preguntaban los discípulos. Jesús responde ahora: seremos juzgados por el amor que tenemos a nuestros hermanos. Y de este modo nos revela la ver-

dadera «fecha» del juicio: «Ese juez, al que se imaginan que habrán de ver por vez primera algún día, hace ya tiempo que lo han encontrado los hombres, a lo largo de su vida cotidiana... El hombre tiene que vérselas con el juez celestial cada vez que está delante de su prójimo; el juicio y la suerte final de cada uno se decide realmente desde ahora... Lo que es decisivo es el instante presente, en su vulgaridad aparente. Este instante reviste una gravedad infinita, porque está cargado con todo el peso infinito de la presencia misteriosa, en el hombre que está delante del hombre, del hijo del hombre y de Dios mismo».⁶

⁴ RADERMAKERS, o. c., 314.

⁵ Cf. J. DUPONT, La parabole des talents: *AsSgn n.º 64* (1969) 18-28.

⁶ TH. PREISS, Le mystère du Fils de l'homme, en *La vie en Christ. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1951, 74-90*; cf. A. DUPREZ, Le jugement dernier: *AsSgn n.º 65* (1973) 17-28. Algunos ven en «esos pequeños» ante todo a los predicadores del evangelio.

2. EL MISTERIO PASCUAL INAUGURA EL REINO (Mt 26-28)

Jesús acaba de anunciar la venida del reino. Mateo nos muestra ahora el cumplimiento de esta profecía: en la pascua del señor ha llegado el reino y ha quedado definitivamente fundada la iglesia. Lo muestran con toda evidencia las muchas correspondencias que existen entre los capítulos 24-25 y 26-28.⁷

El prólogo (26, 1-5)

Este prólogo nos dice lo esencial. Al abrir su relato, Mateo tiene conciencia de plantear una cuestión tremenda a sus lectores: ¿Cómo es que ése al que se nos ha presentado hasta ahora como el mesías, el señor, el hijo de Dios..., puede

ser entregado en manos de los paganos y enviado a la muerte, con la condena de los jefes religiosos establecidos por Dios para discernir la venida del mesías? Mateo responde en primer lugar colocando el complot judío en labios de Jesús: es él el que decide su muerte libremente; los jefes no hacen más que cumplir («entonces...») lo que él decidió. Pero Mateo va sin duda más lejos. Y escribe: «Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo **se reunieron...**». Parece hacer eco al salmo 2, aquel salmo que la comunidad cristiana, viviendo su propia pasión, meditaba para comprender su destino y el de Cristo (Hech 4, 25-27). Y entonces todo se aclara: si los jefes religiosos condenan a Jesús, es porque son ellos los «malos» del salmo y Jesús

⁷ RADERMAKERS, o. c., 322-324 presenta una lista impresionante de ellas.

es entonces el mesías. Por otra parte, si Jesús vive la primera estrofa del salmo, es seguro que también las otras se cumplirán, que el proyecto de Dios se realizará, estableciendo a su mesías como señor sobre todas las naciones. Es esto precisamente lo que Mateo nos va a señalar.⁸

¿Cómo organizar estos relatos? Es sugestiva la división que propone Radermakers:

1. Llega la pascua y el hijo del hombre es entregado (26, 6-56).

2. El hijo del hombre es entregado para ser crucificado (26, 57-27, 44).

3. La pascua del hijo de Dios (27, 45-28, 15).

«Para Mateo, la muerte de Jesús y su resurrección forman una sola teofanía marcada por la doble alusión al temblor de tierra (27, 51 y 28, 2). El verbo «llegar» (la oscuridad: 27, 45; José de Arimatea: 27, 57; el terremoto: 28, 2) adquiere aquí una importancia especial, pues marca el comienzo de los tres tiempos de esta teofanía»: la muerte del hijo de Dios, la sepultura de Jesús, su resurrección.

Conclusión: la misión universal de los discípulos (28, 16-20).

1. LLEGA LA PASCUA Y EL HIJO DEL HOMBRE ES ENTREGADO (26, 6-56)

a) La unción real en Betania y la venta de Judas (26, 6-16)

Jesús lleva la rienda de los acontecimientos; aquí, celebra de antemano su sepultura. Los discípulos, una vez más, no comprenden. Se nota

⁸ *Los relatos de la pasión-resurrección son muy semejantes en los diversos evangelios. J. Delorme ha presentado ya los de Marcos (Cahier Evangile n.º 1/2), A. George ha estudiado los de Lucas (CB 3), y F. Charpentier ha mostrado el conjunto (CB 5). Por tanto, atendéremos aquí sobre todo a los rasgos propios de Mateo.*

en el trasfondo del relato una especie de conflicto entre la acción (las «buenas obras» en favor de los pobres) y la contemplación (esa «buena obra» por Jesús). En todo caso, Jesús nos recuerda que las dos cosas son inseparables: el amor a los pobres tiene que vivirse en el amor a aquel que se ha identificado con ellos (25, 36-46).

Judas vende a Jesús por «treinta monedas de plata» (Mt - Mc - Lc). En este gesto, Mateo ve la realización de una profecía de Zacarías (11, 12): Dios es rechazado por su pueblo que, para burlarse, le paga como jornal el salario ridículo de un esclavo. Es Dios el que, en Jesús, es vendido por los hombres...

b) La pascua en el seno de la comunidad (26, 17-30)

«La pasión de Jesús se desarrolla ante todo en medio de la comunidad de discípulos; es allí, en primer lugar, donde es entregado (versículos 21.23.24.25) y donde 'da' su cuerpo y su sangre».⁹ En efecto, es aleccionador para nuestras comunidades el que este relato de la institución quede enmarcado por la traición de uno de los doce y por el anuncio de las negaciones de Pedro.

El relato de la institución, muy cercano al de Marcos, recoge probablemente el texto litúrgico de las comunidades judeo-cristianas. Por este gesto profético, Jesús vive de antemano su propia muerte. Mateo ilumina su sentido cuando añade: «para remisión de los pecados». Aquí se inscribe además uno de los tres «a partir de ahora» de su evangelio: poco antes de su pasión, Jesús se despidió de los judíos diciéndoles: «A partir de ahora, no me veréis hasta que digáis...». (23, 39); aquí se despide de sus discípulos; y delante del sanedrín declarará: «A partir de ahora, veréis al hijo del hombre...» (26, 64), ese hijo del hombre que se manifestará a los discípulos el día de pascua.

⁹ RADERMAKERS, o. c., 332.

c) La agonía y la huida de los discípulos (26, 31-56)

El relato de la agonía es muy parecido al de Marcos. Jesús ha celebrado ya su muerte unas horas antes, con el hieratismo del sacerdote en el altar. Conocíamos así su sentido, pero no sabíamos hasta qué profundidad de su ser de hombre alcanzaba a Jesús. Y su agonía nos lo manifiesta. Pero ha añadido concretamente por tres veces la palabra «conmigo»: Jesús llega al huerto «con ellos» (los discípulos), les pide: «Velad conmigo», y les reprochará luego dolorosamente: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?». Esta palabra tiene ante todo una profundidad humana: esa necesidad de Jesús de «estar con» nos dice más sobre su humanidad y sobre su angustia que una larga exposición. Pero se trata además de un valor eclesial: es el señor de su comunidad el que la interpela, hasta el fin de los tiempos, pidiéndole que esté con él. Pero desgraciadamente tiene que morir solo. Es verdad que «uno de los que estaban con Jesús» sacó su espada (versículo 51), pero de ese modo demostrará que no ha comprendido nada. Y esa comunidad que acaba de protestar que nunca lo abandonaría (versículos 31-35), huye lamentablemente...

2. EL HIJO DEL HOMBRE ES ENTREGADO PARA SER CRUCIFICADO (26, 57-27, 44)

a) Delante del sanedrín (26, 57-75)

Mateo empieza diciendo lo que piensa de ese juicio: «Andaban buscando un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte». La pregunta del sumo sacerdote es más solemne en él que en los demás evangelistas: una apelación

a Dios para forzar al acusado a declarar su identidad: «...si tú eres el Cristo, el hijo de Dios». Estas dos palabras, en labios del sumo sacerdote, tienen probablemente el mismo sentido: ¿eres el mesías?

Jesús rechaza esta problemática: «Eres tú el que lo dices; lo que yo digo es lo siguiente: A partir de ahora, veréis...». La «blasfemia» de Jesús no consiste en llamarse mesías-rey, en referencia al salmo 110 («sentado a la derecha del poder»), o en llamarse hijo del hombre, en referencia a Daniel («hijo del hombre... que viene sobre las nubes del cielo»), sino más bien en unir en él los dos títulos,¹⁰ dándoles sobre todo un contenido personal por el que afirma su divinidad. Y es ese condenado a muerte, siervo doliente de Isaías, el que reivindica esos dos títulos gloriosos.

De nuevo, como un contrapunto trágico a lo largo de todo el relato, mientras que su maestro proclama quién es a costa de su vida, la comunidad reniega de él por boca de Pedro...

b) Ante Pilato. El proceso ante la faz del mundo (27, 1-26)

Tras el entusiasmo de las gentes de Galilea, hemos ido viendo cómo Jesús quedaba poco a poco abandonado, reducido a sus discípulos. Incluso éstos lo han abandonado. Y ahora está solo ante el sanedrín. Pues bien, he aquí que de pronto se ensancha la escena y aparece un inmenso tribunal en el que nadie se atreve a tomar postura: «Es asunto tuyo» (versículos 4 y 24). En efecto, en torno al gobernador se agrupa la gente, el pueblo, Judas, Barrabás, los sumos sacerdotes y los ancianos, la mujer de Pilato..., y poco después los guardias, los transeúntes, las mujeres... Un proceso ante la faz del mundo.

Mateo narra en primer lugar la muerte de Ju-

¹⁰ Cf. P. LAMARCHE, *Christ vivant. Cerf Paris 1966, 150-155.*

das de una manera distinta de como lo hace el autor de los Hechos (1, 18-19). Mateo recoge las tradiciones populares para mostrar que se ha cumplido la escritura. El plan de Dios se realiza incluso a través de hechos vergonzosos. Judas muere proclamando la inocencia de Jesús. Su suicidio se presenta como la conclusión de un acto de fe que no se abre a la esperanza.

El proceso gira sobre todo en torno al título de «rey de los judíos».

Mateo tiene aquí dos tradiciones propias: la intervención de la mujer de Pilato y el grito de los judíos: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Contra todos los que eluden enfrentarse con una opción religiosa (reconocer a Cristo o pedir su muerte por blasfemo), el pueblo tiene por lo menos el coraje de asumir su propia responsabilidad y escoger en función de lo que cree que es su fidelidad a la alianza.¹¹

c) Crucifixión del rey de los judíos, hijo de Dios (27, 27-44)

Jesús es ultrajado; Mateo es el único que pone un cetro irrisorio en manos de ese rey abofeteado (versículo 29). También es el único en mencionar, entre las diversas burlas que le dirigen, la siguiente: «Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora..., ya que dijo: ¡Soy hijo de Dios!» (versículo 43). Con esta cita del salmo 22, 9, Jesús se presenta como aquel que da su sentido profundo a la esperanza de los justos perseguidos: también ellos son hijos de Dios.

3. LA PASCUA DEL HIJO DE DIOS (27, 45-28, 15)

La muerte y la resurrección de Jesús son, para Mateo, los dos aspectos de una sola teofanía, de una sola manifestación de Dios.

¹¹ El epíteto «deicida» que se aplica a veces al pueblo judío por causa de este versículo es una equivocación trágica. Sólo el cristiano puede ser «deicida», ya que sabe quién es Jesús.

a) La muerte del hijo de Dios (26, 45-56)

Jesús, lo mismo que en Marcos, muere dando un gran grito (versículos 46 y 50), proclamando su desgracia con el salmo 22. En estos momentos, el velo del templo se desgarró, manifestando que la antigua alianza se ha acabado ya y que el verdadero santuario de la presencia de Dios es el cuerpo de Jesús. Tiene lugar un «seísmo», aquel signo dado por Jesús de la venida del hijo del hombre; ante este seísmo, los guardias exclaman: «¡Era el hijo de Dios!». Esta exclamación, imposible antes de pascua, expresa la fe cristiana en lo que encierra de más paradójico: ¡A ese ser injusticiado es al que proclamamos hijo de Dios!

Mateo manifiesta el alcance cósmico de esta muerte de una nueva forma: aquel seísmo abre las tumbas, algunos santos resucitan y esperan luego la resurrección de Jesús para entrar con él en la ciudad santa. En su estilo apocalíptico nos está diciendo que el acontecimiento pascual es el final de los tiempos y que los santos pueden finalmente entrar con el resucitado en la Jerusalén celestial, el reino de Dios.

b) La sepultura de Jesús (27, 57-66)

Entre las dos teofanías, la paz del sepulcro nos concede un poco de tiempo para la contemplación, que aquí está simbolizada en las mujeres.

Mateo ha añadido el episodio de los **guardias en el sepulcro**. Los tres textos (27, 62-66; 28, 1-4 y 28, 11-15) forman un conjunto en íntimo paralelismo con el «evangelio de Pedro» apócrifo. Había sin duda una tradición de tipo apologético, que tendía a demostrar que la resurrección no puede ser una superchería. Al recogerla, Mateo la modifica para hacer de ella una teofanía.¹²

c) La resurrección de Jesús (28, 1-15)

Es de nuevo el «seísmo» lo que abre el sepul-

¹² Cf. E. CHARPENTIER, Cristo ha resucitado (CB 5), 52.

cro. Un versículo, de estilo apocalíptico, nos hace barruntar el sentido cósmico del acontecimiento: la resurrección es la victoria final de Dios sobre la muerte; sus enemigos caen «como muertos»; el aspecto del ángel del señor (esto es, el mismo Dios) es el del relámpago, aquel

relámpago que Jesús ponía como símbolo de la venida del hijo del hombre (24, 27). Y Dios les revela a las mujeres el acontecimiento: «Jesús, el crucificado, ha resucitado... Irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis».

La resurrección según el evangelio de Pedro

El evangelio de Pedro es un texto «apócrifo», esto es, que no ha sido considerado por la iglesia primitiva como formando parte de sus escrituras. Compuesto a comienzos del siglo II (antes del 130 para unos, por el 150 para otros), sólo es conocido por un fragmento (descubierto en 1886) de 60 versículos: algunos sobre el proceso y la sepultura de Jesús, la mayor parte sobre su resurrección. He aquí un extracto (versículos 29-49).

Colocación de guardianes (Mt 27, 62-66)

(29) Los ancianos, pues, cogieron miedo y vinieron a presencia de Pilato en plan de súplica, diciendo: (30) «Danos soldados para que custodien su sepulcro durante tres días, no sea que vayan a venir sus discípulos, le sustraigan y el pueblo nos haga a nosotros algún mal, creyendo que ha resucitado de entre los muertos». (31) Pilato, pues, les entregó a Petronio y a un centurión con soldados para que custodiaran el sepulcro. Y con ellos vinieron también a la tumba ancianos y escribas. (32) Y, rodando una gran piedra, todos los que allí se encontraban presentes, juntamente con el centurión y los soldados, la pusieron a la puerta del sepulcro. (33) Grabaron además siete sellos y, después de plantar una tienda, se pusieron a hacer guardia. (34) Y muy de mañana, al amanecer el sábado, vino una gran multitud de Jerusalén y de sus cercanías para ver el sepulcro sellado.

La manifestación de Dios (Mt 28, 1-4)

(35) Mas durante la noche que precedía al domingo, mientras estaban los soldados de dos en dos haciendo la guardia, se produjo una gran voz del cielo. (36) Y vieron los cielos abiertos y dos varones que bajaban de allí teniendo un gran resplandor y acercándose al sepulcro. (37) Y la piedra aquella que habían echado sobre la puerta, rodando por su propio impulso, se retiró a un lado,

con lo que el sepulcro quedó abierto y ambos jóvenes entraron. (38) Al verlo, pues, aquellos soldados, despertaron al centurión y a los ancianos, pues también éstos se encontraban allí haciendo la guardia. (39) Y, estando ellos explicando lo que acababan de ver, advierten de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero, y una cruz que iba en pos de ellos. (40) Y la cabeza de los dos (primeros) llegaba hasta el cielo, mientras que la del que era conducido por ellos sobrepasaba los cielos. (41) Y oyeron una voz proveniente de los cielos que decía: «¿Has predicado a los que duermen?» (42) Y se dejó oír desde la cruz una respuesta: «Sí». (43) Ellos entonces andaban tratando entre sí de marchar y de manifestar esto a Pilato.

El informe de los guardianes (Mt 28, 11-15)

(44) Y, mientras se encontraban aún cavilando sobre ello, aparecen de nuevo los cielos abiertos y un hombre que baja y entra en el sepulcro. (45) Viendo esto los que estaban junto al centurión, se apresuraron a ir a Pilato de noche, abandonando el sepulcro que custodiaban. Y, llenos de agitación, contaron cuanto habían visto, diciendo: «Verdaderamente era hijo de Dios». (46) Pilato respondió de esta manera: «Yo estoy limpio de la sangre del hijo de Dios; fuisteis vosotros los que lo quisisteis así». (47) Después se acercaron todos y le rogaron encarecidamente que ordenara al centurión y a los soldados guardar secreto sobre lo que habían visto. (48) «Pues es preferible —decían— ser reos del mayor crimen en la presencia de Dios, que caer en manos del pueblo judío y ser apedreados». (49) Ordenó, pues, Pilato al centurión y a los soldados que no dijeran nada.

(Trad. de Aurelio de Santos Otero, Los evangelios apócrifos (BAC 148). Madrid 1956, 411-415).

CONCLUSION

LA IGLESIA EN MISION AL MUNDO (28, 16-20)

Volviendo ahora a aquel texto que leíamos al principio, quizás comprendamos mejor que ese envío de los discípulos a misionar es el de la comunidad cristiana a lo largo de toda la historia, es también nuestra misión.

Esta comunidad de Mateo nos parece muy cercana a la nuestra. Cargada con dos mil años de tradición, la nuestra es una comunidad reunida en torno a su señor, proclamado y servido en la liturgia. Ha recibido de él una enseñanza que se esfuerza en «comprender», esto es, en descubrir todas sus implicaciones para vivir de ella y cumplir así «toda justicia». Se ve continuamente tentada de encerrarse en sí misma, pero se recibe como una «iglesia para el mundo», en marcha hacia la Galilea de los paganos. No es ella el reino, pero sabe que es el signo de ese reino en el mundo, el lugar en donde el hijo del hombre tiene que poder ejercer en plenitud su

señorío para irradiar desde allí a todos los hombres. Tiene que vivir en la vigilancia, ya que la espera prolongada corre el peligro de enfriar su celo. Tiene que ser una comunidad de discípulos, esto es, de personas que «siguen a Cristo» y viven en conformidad con su maestro, en el servicio mutuo, sabiendo que las únicas consignas que le ha dejado son, junto con el amor, la misericordia y el perdón.

Sola, a veces desamparada, se descubre embarcada en una frágil barquilla que hace agua por todas partes, amenazada sin cesar por el «seísmo» de las fuerzas del mal. Pero sabe que, si persevera en la fe y en la oración, ese «seísmo» es también el que manifiesta la victoria de Dios sobre la muerte.

Y su seguridad última es que, en Jesús, Dios es definitivamente EMMANU-EL: DIOS CON NOSOTROS.

ALGUNOS TEMAS TRATADOS EN ESTE CUADERNO

DIOS PADRE: 32, 36, 43, 46.

REINO DE DIOS: 24, 27, 29, 38, 46-47, etc.

JESUS:

Su humanidad: 22, 63.

Nuevo Moisés: 6, 16, 27.

Emmanu-El: 8, 65.

Mesías, hijo de David: 17, 22, 39, 57, 61, 63.

Siervo doliente: 17, 35, 41, 63.

Sabiduría de Dios: 39.

Hijo del hombre: 7, 17, 59, 63.

Hijo de Dios: 16, 21, 50, 52, 57, 64.

Señor de la comunidad: 6-8, 17.

LA COMUNIDAD:

La iglesia: 50-51, 54, 58.

Nuevo Israel (en continuidad y ruptura con el antiguo): 8, 23, 35, 37, 58.

Simbolizada en la barca: 35, 48.

Una comunidad organizada: 7.

Donde están mezclados buenos y malos: 9, 46, 51.

Comunidad cultural: 6-7, 9.

Función de los pastores: 54.

Universalismo: 7, 12, 15, 23, 27, 37.

EXIGENCIAS MORALES DEL CRISTIANISMO:

Vida de la comunidad: 9-10, 42.

«Justicia»: 26, 31, 46.

Misericordia y perdón: 40, 55.

Vigilancia en la espera: 60.

Pobreza: 31, 56.

Ley interiorizada: 33, 48.

Gratuidad: 38.

Ser «sencillos»: 40, 42.

Exigencias de Jesús: 33-34, 53.

DISCIPULOS: 27, 29, 45.

Seguir a Jesús: 10, 35, 37.

Familia de Jesús: 41.

Servicio: 6, 10, 60.

Reciben su autoridad de Jesús: 37.

Lugar especial de Pedro: 48, 50, 52.

EVANGELIO DE MATEO: una «catequesis» («comprender»): 7, 29, 44, 45, 47.

VARIOS: La «Shekinah» (o santa presencia de Dios): 9, 11, 55.

Juan bautista: 25, 39.

Fariseos: 10, 40, 41, 43, 48, 58.

Divorcio: 32.

«Seísmo»: 35, 48, 60.

Cumplimiento de las escrituras: 14.